

La nuez

Gabriela Aguilera



LA NOCHE SOLÍA ANUNCIAR SÓLO EL SILENCIO, la oscuridad y la calma. El momento, después de todo un día de olfatear cosas nuevas, de apretar botones, jalar palancas, de pasar los dedos por texturas desconocidas, escuchar toda clase de sonidos, de mirar caras extrañas de gente siempre diferente, indistinguible, de meterse todo a la boca, ese momento, pues, en que el teatro bajaba el telón y todos los actores desaparecían, cuando las formas perdían consistencia hasta disolverse en el caldo de la oscuridad y los sonidos cesaban; ese era el instante

en que era difícil saber dónde estaba el adentro y dónde el afuera. Eso era la noche normalmente y nada más.

Los días y las noches pasaban sin que nada cambiara esta sucesión. A veces había luz y a veces no, la gente aparecía con la claridad y se esfumaba con las tinieblas, lo mismo que los sonidos estridentes y los colores. Sólo había una cosa que permanecía todo el tiempo y esa era la nuez de la conciencia. En el último rincón de la carne, en un pequeño surco envuelto en capas y capas de oscuridad, se alojaba el fruto seco que permitía distinguir lo de afuera y lo de adentro. La nuez lo volvía todo transparente, aun cuando caía la noche, en el negro más absoluto. Por eso el miedo no existía, porque no había nada escondido.

Una noche la luz, en vez de irse, como acostumbraba, se quedó en la habitación. No era la luz cálida que acompañaba al día, a las personas, al canto de los pájaros. Tampoco era la luz constante de las lámparas que encendía la gente cuando la claridad escaseaba. Era una luz fría e intermitente, algo nunca antes visto. Era una especie de pulso que marcaba un paso, que imponía una dirección. Bajo esa luz, las cosas conocidas se deformaban, el espacio entrañable de la habitación se volvía infinito y plano, sin relieves, sin un arriba ni un abajo, ni una izquierda y una derecha. La luz se comía a las tinieblas y ocultaba las cosas conocidas, las suplantaba con otras cosas parecidas pero falsas. La nuez no las reconocía.

La luz fría e intermitente seguía latiendo y crecía cada vez; lo comía todo a su paso y arrastraba consigo un silencio blanco. Nada de lo que había en la habitación y en el mundo, por extensión, quedaba intacto después de estar expuesto al latido de esa luz inexplicable. Ahí donde todo había sido transparente, la duda había cavado un hueco y anidado como un insecto. ¿De dónde venía la luz intermitente? ¿Cuál era su naturaleza? Una vez abierta la puerta de la posibilidad, no había nada que la contuviera. La nuez estaba a su merced, desarmada. Sólo había una certeza, ya nada volvería a ser transparente como antes. La pena desbordaba a la nuez y la ahogaba en el terreno fangoso de la incertidumbre.

Por fin regresó el día con su cálida luz habitual pero la nuez ya no se dejaría engañar. La experiencia de la noche anterior le había advertido de los peligros ocultos. Si volvía a aparecer la luz fría e intermitente ella gritaría desde lo más profundo de la entraña para pedir auxilio. Alguien tendría que responder.

El bebé llora inconsolable, la madre lo recoge en su cuna y le dice “Ya está, ya pasó, sólo fue un mal sueño”. ▲▲

